

la lengua se le inflamó. Se alivió con unciones de atole frío que estuvieron aplicándole cada vez que se le secaba la unción anterior, y á los quince días quedó enteramente restablecido. Se recomienda también para lo mismo el agua tibia con aguardiente y clara de huevo, aplicada de la misma manera que el atole. Los que no se curan, siguen durante meses padeciendo de ulceraciones y se exponen á morir. La inflamación es, por supuesto, más penosa en tiempo de calor; con el aire fresco se siente tranquilidad y alivio.

Es creencia popular que el árbol macho únicamente daña á las mujeres, y el árbol hembra á los hombres. Si los informes que me dieron son exactos, el veneno no tiene efecto sobre los individuos que están borrachos, lo mismo que las picaduras de los alacranes y turicatas. ¡Aun la temperancia tiene sus inconvenientes!

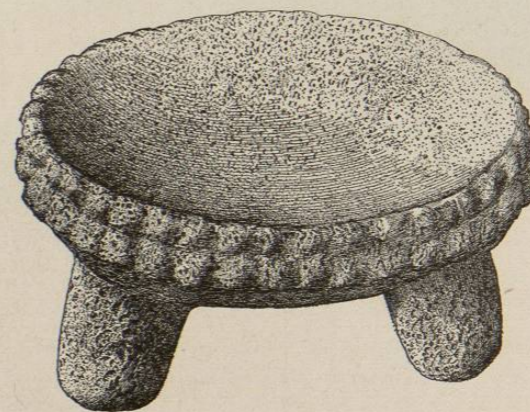
CAPÍTULO XXI

ARRIBO Á LA REGIÓN DE LOS TARASCOS — PARANGARICUTIRO—SU PRINCIPAL INDUSTRIA—LA SIERRA DE LOS TARASCOS—COVACHAS DE MADERA—EL POLICÍA Y EL REPENTINO FIN DE SU CARRERA —TRAFICANTES TARASCOS.

EL 11 de agosto llegué á Peribán (corruptela de *Pirian*, "relámpago"), la primera ciudad tarasca que pisé. Su tamaño es bastante considerable, pero encontré á sus indios, todos civilizados, muy afanosos porque el obispo de Zamora estaba haciendo al lugar una de sus periódicas visi-

tas. Con todo, vi al paso una banda de músicos tarascos del interior que iban á la tierra caliente, según me dijeron, "para ver lo que la Providencia quería darles." Vestían á la manera ordinaria de la

clase trabajadora de México, y eran de pequeña estatura, pero muy ágiles y vivos de movimientos. Noté que todos tenían bigotes y un poco de pelo al rededor de la barba. Descansaron un rato en la plaza, y á pesar de que caía un fuerte aguacero, se marcharon esa misma tarde, tapándose simple-



Molcajete antiguo de Peribán, Michoacán. Diámetro, 31 cm.

mente con sus chinos de palma, llamados en tarasco *chirequi* ó *chirépara*.

Desde Peribán ascendía el camino gradualmente sobre largas y fértiles pendientes, y no tardamos en vernos entre pinares donde soplaban un helado airecillo. Justamente al norte del majestuoso pico de Tancítaro (*tancitan* = *señalar*: "lugar de donde se apunta")* está el pueblo de Parangaricutiro, situado románticamente entre cerros cu-



Parangaricutiro, visto del norte.

biertos de pinos y en una meseta que domina á un extenso valle; de donde le viene su nombre, que significa "sobre una alta mesa." Literalmente *Parángari* quiere decir "levantar algo con las manos" y *cutiro* "situado." Debe su nombre español de San Juan de las Colchas á la abundante fabricación de las mismas, á que se dedican sus habitantes. Dos clases de colchas tejen las mujeres en sus

* "El cerro de Tancítaro es conocido por los marineros con el nombre de *Pico de Acahuato*, por un pueblo llamado así que está en la falda meridional, camino de *Apatzingán*. *Tancítaro* significa "lugar de tributo." *Acahuato* significa "cerro inclinado."—"Michoacán—Paisajes, tradiciones y leyendas," por el Lic. Eduardo Ruiz. 1891. Página 322.—*Nota del traductor.*

telares primitivos; las unas enteramente de algodón, podrían considerarse perfecta imitación de las sobrecamas de los blancos, á no ser por los grotescos dibujos de animales y pájaros que sólo la fantasía de los indios es capaz de imaginar y sus manos de ejecutar. Las otras, que son las más comunes, tienen una gruesa trama de algodón con entretejido de estambre de brillantes colores, formando variedad de dibujos representativos. Úsanlas mucho como frazadas ó sarapes en todo el Estado los indios y mexicanos de las clases trabajadoras, quienes les practican á veces una abertura ó boca por donde pasan la cabeza cuando se los ponen como ponchos.

Estábamos ya en la Sierra de los Tarascos, designación que se aplica á una extensa región montañosa, más ancha que larga, que llega al norte de Cherán. Incluye al encumbrado pico de Tancítaro (altura, 13,669 pies) en su extremidad sur, y al de Quintzeo (altura, 10,908 pies); pero el aspecto general del paisaje es más bien plácido y bucólico que imponente y magnífico. Antojábase á veces que las montañas, campos y árboles habían sido dispuestos por la mano de un hábil artista con el deliberado propósito de recrear la vista. Falta, sin embargo, una cosa para que el encanto sea perfecto: no hay ríos. Antiguamente había lobos en la sierra, pero desde 1870 han desaparecido.

Dentro de esta región, la clase dominante son los tarascos puros. En algunas comunidades, como por ejemplo, en la de que hablo, las mejores tierras han ido á manos de mestizos que, aunque escasos en número, aventajan en astucia á los naturales. Pero en sitios como Capácuaro (en tarasco, *capácuri*, "entre dos montañas") ó en Cherán, que es mucho más grande, y algunos otros, la población es india pura. Como dentro de esta sierra está la última porción de territorio que á la tribu le queda, desconfían de todos los forasteros y se oponen tenazmente á dejar internarse á los mexicanos. Como todos los pueblos ape-

gados á sus costumbres y enemigos de aceptar otras, los tarascos de la sierra tienen tendencias fanáticas, y cuando están exitados es muy difícil, si no imposible, discutir con ellos. No son gente que se deje engañar, y tan valientes se les considera que el Gobierno ha creído prudente poner líneas telegráficas y telefónicas á través de aquellas montañas. Las que vimos no podían tomarse como pruebas del desarrollo comercial del pueblo, sino más bien de lo contrario.

En la plaza crecían algunos corpulentos sauces, y al llegar, advertimos á nuestra derecha dos pequeñas casas de madera cuyas fuertes rejas indicaban desde luego que los edificios servían para cárcel, signo inequívoco del avance de la civilización. Á juzgar, sin embargo, por su abandonada apariencia, aun no se había hecho mucho uso de aquellas mejoras. Por regla general, tales prisiones, que no tienen más ventiladores que las enrejadas puertas, exhiben multitud de cabezas humanas asomándose ávidamente para pedir centavos á los que pasan.

Como las cárceles, la población misma parecía desierta. Llamé á la puerta de un mesón de madera y me abrió una especie de bruja, de aspecto rapaz, que adivinando á primera vista una inesperada oportunidad de lucro, me condujo afanosamente á su mejor cuarto, oscura pocilga que probablemente nadie había limpiado en cien años. Pensé en mi país, donde los campesinos lavan semanariamente con agua y jabón sus casas de madera, desde arriba hasta abajo. Acá los muebles consistían en una grande y mugrosa mesa, en un rincón, y una puerta vieja, tendida sobre dos cajones, para servir de cama, en el otro ángulo. Ambos objetos ocupaban cerca de la mitad de la pieza. Como intentaba detenerme en el pueblo por algún tiempo, resolví preguntar á su presidente si no podría haber mejor alojamiento; mas pronto supe, muy á mi pesar, que éste era el mejor. Ciertamente había otro mesón, pero sin cuartos;

era simplemente un corral donde el caminante podía dejar sus animales y carga. Esta clase de mesones, donde puede uno pasar la noche junto á lo que le pertenece, son preferibles á los alojamientos de más pretensiones; me conformé, pues, con lo que pude encontrar, y avíneme á vivir en la casa de la vieja. Al otro día pagué á mis arrieros, y me quedé solo con mi fiel indio Ángel.

De junio á noviembre llueve regularmente en esta región todos los días, comenzando el agua como á las doce. En



El mesón de Parangaricutiro.

ocasiones sopan furiosos vientos que arrebatan de aquí y allí algunos techos. Á menudo cae nieve durante dos meses en la cumbre del Tancítaro, pero es rara en lo demás de la sierra, aunque el frío persista aun pasado el invierno. Sábese que se ha helado el agua el 10 de junio no sólo en Cherán, sino aun en Zacapu, que está mucho más abajo y fuera de la sierra. Hubo un año que se heló el maíz en la sierra durante el mes de octubre. Como había pasado seis meses en la tierra caliente y no me había recobrado enteramente de la malaria, me causó muy grande impresión el frío que me penetraba hasta los huesos como si

quisiera matarme. Sin embargo, fuime poco á poco acostumbrando á él, y pronto sentí el beneficio de la altura y del aire fresco.

El pueblo es simplemente un conjunto de bajas y sucias trojes ó casas cuadradas, construídas con gruesas tablas de ocote bien ensambladas, con techos de caballete cuyos aleros se prolongan lo bastante para formar anchos soporales por todos lados. Recordábanme un poco las casas de los japoneses. Tales construcciones, por supuesto, sólo pueden hacerse cerca de los pinares, por lo que principalmente se encuentran en las regiones altas del país. Todas tienen el piso levantado como un pie ó más del suelo, y consisten de una sola pieza con una puerta y ninguna ventana, bien que hay muchas en el pueblo y por el camino provistas de una abertura cuadrada en el frente, que puede cerrarse con postigo. Por dicha abertura se venden cigarrillos y aguardiente. Cuesta sólo cuatro centavos emborracharse allí.

Todos los indios tienen sus pequeñas siembras de maíz y frijol, las que no son suficientes, sin embargo, para cubrir las necesidades de sus propietarios en todo el año. Las mujeres, que son muy laboriosas, fabrican para ganarse la vida gran cantidad de trabajos textiles, y venden así mismo fruta, huevos, leche, tamales, tortillas y flores. Muchos hombres dejan á sus mujeres que los mantengan, pero hay muchos también que se dedican á algún trabajo. Van, por ejemplo, á pasarse varias semanas en el bosque de Tancítaro haciendo bateas y cucharas de palo, y sobre todo, tejamanil para techar sus casas.

Éstas se agrupan principalmente al rededor de la plaza y á lo largo de una calleja angosta que llaman pomposamente Calle Real, la que antes se enorgullecía con dos faroles, colgados de alambres en el centro de las principales vías, para alumbrar hasta las diez de la noche á los retardados transeúntes. Pero la innovación fue muy tentadora

para los muchachos traviesos, quienes pronto hicieron al uno blanco de su certera puntería, librándose sólo el otro de tan total destrucción, gracias á hallarse frente á la habitación del alcalde del pueblo.

Conservaba la paz un solo policía, hijo de un sacerdote católico y de una india, cuya única ocupación era arrestar de vez en cuando á algún ebrio, por un delito á que él mismo era muy inclinado. El presidente apenas le daba lo suficiente para comer, á fin de que no tuviera con que beber. Ningún uniforme lo cubría para imponer con su vistosa apariencia á la multitud; antes bien, su aspecto era de bandido, envuelto hasta los orejas con una frazada raída que ocultaba á la vez el único emblema de su distinción, el viejo sable de cuya carga parecía que se avergonzaba el portador. El estropeado sombrero sólo dejaba ver de la oscura cara de su dueño, por debajo del ala, dos ojos de mirar penetrante. Andaba con paso veloz, como de continuo enardecido en la persecución de algún malandrín sobre quien descargar el terrible brazo de la justicia. Como no tenía casa, dormía generalmente á la puerta de la prisión.

Un día, aquel único guardián del orden público me permitió fotografiarlo; pero á los pocos más, tuve la pena de verlo conducir á la cárcel por cuatro fornidos indios que lo llevaban en una condición lamentable. Bramaba como toro y resistía á tan grande atentado con todas sus fuerzas. Á menudo le ocurría aquello, pero esa vez se agravaron las cosas por el hecho de que había perdido la llave de la cárcel, de manera que por espacio de varias horas estuvo la localidad privada á la vez de policía y de prisión. Por fortuna el mal cesó pronto, y cuando encontraron la llave los indios, que entregaron religiosamente á la autoridad respectiva, el guardián del orden público fue encerrado tras de las rejas, con lo que acabó repentina é inesperadamente su carrera oficial.

El domingo los indios de todos los alrededores acudieron á vender fruta, loza y sus demás mercancías, y la plaza cobró tanta animación como tristeza y desamparo en los días ordinarios. Á más de todo eso, llevan otras cosas á vender, desde considerables distancias, los llamados *huacaleros*,



El policía.

quienes recorren el país con sus enormes cargas á la espalda. Sus huacales son semejantes á los que se cargan en mulas, pero mucho más grandes y de forma rectangular. En esos ligeros receptáculos encierra el traficante sus mercancías, que consisten principalmente en loza de barro que asegura con una red de mecate. Á menudo amarra también por fuera muchas canastas, y encima de todo ello coloca su china.

Estos mercaderes ambulantes revelan á las claras el instinto comercial de los tarascos. Los huacaleros, generalmente nativos de la sierra, viajan á pie, por el oriente, hasta la ciudad de México; por el oeste, hasta Guadalajara y las ciudades costañas de Acapulco, Colima y Tepic. Del lado del norte, encontré á un tarasco en Las Cinco Llagas, pueblo de los tepehuanes septentrionales, donde se había establecido y casado. Antiguamente los comerciantes tarascos acostumbraban llegar por el norte hasta Nuevo México, y por el sur hasta Guatemala y Yucatán. Un viaje de Paracho á México exige un mes para ir y volver, siendo la distancia, en línea recta, de doscientas cincuenta millas. Los artículos que acarrear los hombres son arte-

factos domésticos, guitarras, cucharas de madera, molinillos, frazadas, mecates y jaulas con pájaros cantores, y regresan cargados de manta y cuerdas de violín y guitarra que, de paso diré, se fabrican en Querétaro con intestinos de chivo. Para Acapulco emplean un mes de ida y vuelta, llevando loza y trayendo manta, aguardiente y machetes. Este viaje es el más productivo de todos, pues la loza que compran, á real pieza, la realizan á cuatro reales, y todo lo que compran en la costa, lo venden muy bien en la Sierra.

Por increíble que parezca, puede realizar un huacalero, en sus viajes, á razón de un peso diario; pero consigue esto únicamente viviendo con la mayor economía y recorriendo doble distancia diaria de la que anda una mula cargada, es decir, treinta ó cuarenta millas. Los huacaleros caminan desde el amanecer hasta que cae la tarde, sin descansar más que un poco al medio día para comer. Su movimiento no es



Huacalero tarasco.

el trote común de los indios que llevan carga, sino un paso igual y moderado, y llevan siempre un largo garrote con punta de hierro con que se ayudan á levantar de donde se sientan, y que les sirve de apoyo en los lugares difíciles. Cuando pasan por terreno resbaladizo, como á menudo les acontece en la Sierra, se caen á veces, pero es

raro que rompan más de una ó dos piezas de su voluminosa carga.

Para evitar que los roben, acostumbran viajar dos ó tres juntos, y en ocasiones encuentra uno hasta grupos de veinticinco individuos; pero al punto como salen de la Sierra, se sienten seguros yendo solos, pues la gente de tierra caliente no es ladrona.

Dos huacaleros llegaron una vez á mi mesón procedentes de Patamban ("lugar de *patamo*," carrizo). Bajos como eran de estatura y empapados por la lluvia, parecían mucho más chicos á causa de su elevada carga. El más grande de los huacales pesaba sesenta y tres kilos, carga muy ligera en opinión del mismo indio y de todos los que estaban presentes. Una vez había llevado uno de ochenta y seis kilos, desde Colima á Morelia, en el increíble término de seis días. Los huacaleros no parecen cuidarse del peso que soportan, pero lo voluminoso de él llama mucho la atención y despierta la curiosidad, al punto de que cuando pasan por haciendas en donde hay balanzas, les piden que dejen pesar sus huacales. Al principio mi hombre positivamente se negó á dejar que lo pesáramos, y hasta después de considerar el punto por todo un día y una noche, pensó que la recompensa ofrecida bien valía la humillación á que debería sujetarse. Su peso resultó ser setenta kilos, ó sea sólo siete kilos mayor que el su huacal. El indio tenía el cuello corto, y era muy musculoso, particularmente en las piernas. Me dijo que cuando el último cólera, en 1850, tenía quince años de edad, de suerte que en 1895 debía tener sesenta. Había sido huacalero durante treinta y cinco años y mantenía á su familia con ese trabajo, sin dedicarse para nada á la agricultura. Ahora iba á la costa hacia Río Grande, á realizar dos pesos de ollas y con el proyecto de traer el rico queso que allá se fabrica y que compran con avidez en la Sierra. El viaje duraría treinta y seis días y le produciría doce pesos mexicanos.

CAPÍTULO XXII

ANTIGÜEDADES—LAS YÁCATAS—LA FIESTA DEL CRISTO MILAGROSO—
BAILANDO EN LA IGLESIA—LO ANTIGUO Y LO NUEVO—LA RELIGIÓN
Y LA ETNOGRAFÍA—MENDIGOS DE PROFESIÓN—TRAFICANTES DE
LAS FERIAS—EL BAILE DE LOS APARECIDOS.

AQUÍ, como en otros pueblos de la Sierra de los Tarascos, dan los indios mucha importancia á los ídolos antiguos á quienes llaman *tarés* (anciano venerable). Desde el punto de vista artístico son muy inferiores á los que se encuentran en la Tierra Caliente. Cada tarasco tiene un ídolo enterrado en su campo. Tiénonlos también en las casas y más especialmente en los graneros, por considerarlos guardianes del maíz. Creen de mal agüero enseñarlos y encontré muy difícil inducirlos á desprenderse de sus lares y penates. Cuando los indios sabían mis deseos de comprar monos, los escondían y negaban que los hubiera. Los más resueltos y mercenarios ofrecían llevarme algunos, pero salvo en un caso, nunca lo cumplieron, quizás porque su conciencia les prohibía cometer tal impiedad.

Un día se acercó furtivamente un hombre á mi domicilio, mirando con desconfianza y frecuentemente hacia atrás para ver si alguien lo seguía. Cuando hubo entrado, me descubrió un mono que llevaba oculto bajo su frazada, diciéndome que una mujer del pueblo vecino de Paricutín ("al otro lado del valle") le había encargado venderlo. Era una efigie insignificante de piedra, muy tosca, que no valdría más de seis centavos; pero cuando le ofrecí el triple, exclamó el indio: "¡No, no, no! La mujer me dijo que pidiera catorce pesos." Y ocultándola prestamente